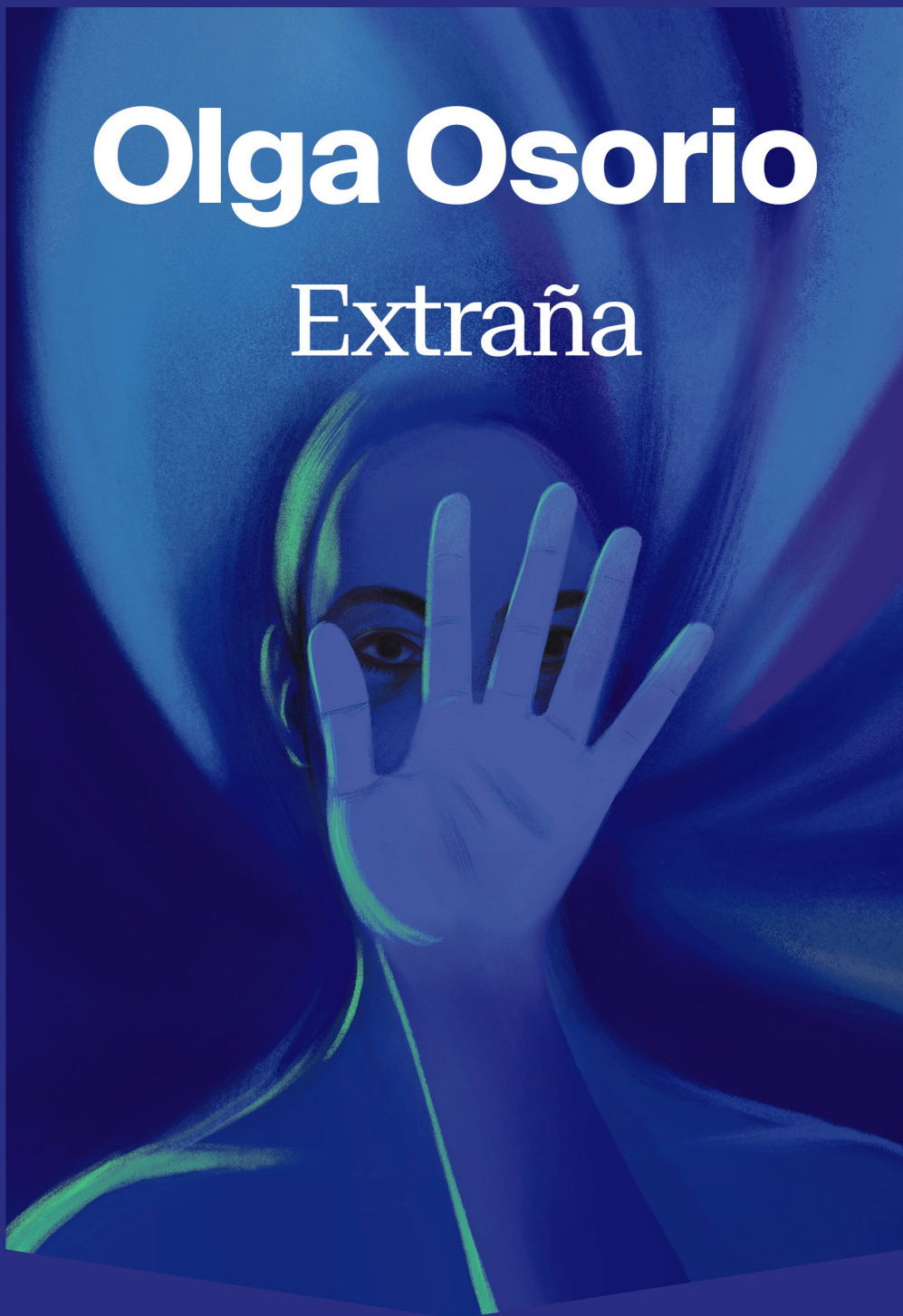


Olga Osorio

Extraña



AdN

**Olga
Osorio**
Extraña

AdN

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Olga Osorio, 2026

Autora representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-31-6

Depósito legal: M. 26.012-2025

Printed in Spain

Para Óscar y Teo

El hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza; no es, por lo tanto, más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.

JEAN-PAUL SARTRE

Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada. La memoria, indispensable y portentosa, es también frágil y vulnerable. No está amenazada solo por el olvido, su viejo enemigo, sino también por los falsos recuerdos que van invadiéndola día tras día... La memoria es invadida continuamente por la imaginación y el ensueño y, puesto que existe la tentación de creer en la realidad de lo imaginario, acabamos por hacer una verdad de nuestra mentira. Lo cual, por otra parte, no tiene sino una importancia relativa, ya que tan vital y personal es una como otra.

LUIS BUÑUEL

Parte I

Bárbara

Su primer pensamiento al despertar es «quién soy», seguido, por supuesto, de «dónde estoy». Y es todo tan tópico que incluso le hace gracia. O se la haría si no fuera porque la confusión no deja espacio para nada más, como si regresara del más profundo de los sueños y se abriera paso hacia la realidad arrancando a duras penas y a jirones la niebla de su mente.

Pero no es un despertar normal. Para empezar, no está en su cama, sino en un callejón cochambroso, a pleno día. Los contenedores abarrotados y las manchas de las paredes delatan la pobreza y abandono de esa calle flanqueada por puertas de almacenes y las partes traseras de algún establecimiento de origen asiático.

Nunca ha estado allí antes y no tiene ni idea de cómo ha llegado. Siente miedo y frío.

Se toca los brazos desnudos y se estremece. La luz le hace daño y la obliga a cerrar los ojos mientras lucha por ubicarse y reconstruir qué ha sucedido.

Su último recuerdo es que iba caminando por la calle de Alcalá, tras una reunión en Interior para la que se había preparado con su equipo durante semanas. Pensar en eso la reconforta: salió de allí con la promesa de que, en adelante, su empresa se encargaría de la seguridad informática de todo el ministerio. Estaba contándoselo por teléfono a Marcos, su

asistente. El semáforo se puso en rojo, ella se detuvo y... ¿y después qué? ¿Qué pasó a continuación? En su memoria hay un fundido a negro y luego nada.

Marcos. Sí, él sabrá qué ha ocurrido o, al menos, podrá ayudarla; es la eficacia hecha ser humano. Busca su móvil para llamarlo, pero, al moverse, la vista se le nubla. Un intenso pitido le taladra el cerebro y el dolor se vuelve tan insopor- table que se desmaya.

Cuando recobra el conocimiento sigue en la misma posición. De nuevo se toca la cabeza y se examina la mano con precaución. Por suerte, no hay rastro de sangre. Entonces... ¿qué le ha ocurrido? Se fuerza a contener el torrente de especulaciones, los alaridos de su cerebro que no ayudan lo más mínimo. Alguien vendrá enseguida, se dice. Solo debe tranquilizarse y esperar. Aunque es extraño que nadie haya aparecido aún. Es una ciudad de más de tres millones de habitantes: hay gente por todas partes, joder, incluso demasiada. ¿Dónde está la puta gente cuando de verdad se la necesita?

¿Y si está atrapada en una pesadilla, como en una mala serie televisiva? Menuda estupidez. David, su marido, asegura que a menudo es consciente de que está dormido y que eso le permite manipular sus sueños. Ella cree que se lo inventa o lo imagina, pero ahora mismo daría lo que fuera por que tuviese razón. Lo duda, pero ojalá.

La ropa que lleva puesta tampoco le resulta familiar. Alguien la ha desnudado y luego la ha vestido con... un pantalón negro ajustado y barato con un cinturón de leopardo, unas botas viejas de tacón, un plumífero fino del Decathlon y, debajo, una camiseta también negra, con una rosa bordada. Rehúye pensar en las implicaciones obvias. Pero hay algo

que no cuadra. Si la han violado cuando estaba inconsciente, ¿por qué vestirla de nuevo con esa facha? ¿Por qué no limitarse a dejarla allí tirada con la ropa desgarrada? Cuanto más piensa más se asusta. Tal vez le hayan hecho algo monstruoso... ¿Qué exactamente? ¿Por qué? ¿Qué demonios está pasando?

Su móvil y su portátil han desaparecido. Desde ellos es de lo más sencillo acceder a sus contraseñas, correo e incluso muchos datos sensibles de su empresa. Necesita avisar a Marcos de inmediato para que los bloquee. Frenética, vuelve a buscar su teléfono con un ademán tan mecánico como absurdo, como si no acabara de enterarse de que se lo han robado.

Aunque es una solemne tontería, una especie de pudor le impide alzar la voz pidiendo auxilio. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Imagina que el grito debería ser instintivo, pero así, tan consciente y calculado, como que no le sale. Se fuerza a hacerlo. «Ayuda», verbaliza mentalmente. Al abrir la boca para pronunciarlo, algo le oprime la garganta, una presión densa, casi física, como si no fuera capaz de dar forma a su propia voz. Finalmente, consigue emitir un sonido estrangulado.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Necesito ayuda!

Suena de lo más extraña, como si no fuera ella. Se lleva la mano al cuello. La realidad parece haber adquirido una textura desconcertante. Le recuerda a la distorsión de los sentidos que de niña le provocaba la fiebre muy alta.

El sonido rebota en los muros, pero nadie responde. Un gato la escudriña hostil desde la tapa de uno de los contenedores cercanos. No le gustan los gatos.

Después de eso, el silencio se extiende como dedos grasientos. Por primera vez, y le extraña no haberlo pensado antes, especula sobre la posible relación entre lo ocurrido y la reunión que acaba de tener con el secretario del ministro.

Suena un poco paranoico, pero también demasiada casualidad. ¿Habrán querido quitarla de en medio? No, es pronto para eso, se dice. Al fin y al cabo, nadie sabe todavía nada de lo ocurrido en el despacho. En cuanto lo piensa, le sorprende su propia ingenuidad. Pero si vive en una sociedad en la que absolutamente todos llevan en el bolsillo al menos una de las máquinas de espionaje más poderosas jamás inventadas...

De nuevo un dolor intenso le taladra el cerebro de lado a lado y la deja casi sin aliento durante unos segundos, que se le antojan horas. Cuando nota que empieza a ceder, se apoya en la pared para incorporarse. Al hacerlo ve una jeringuilla usada, muy cerca del lugar donde ha estado tumbada. Se estremece.

Se mira las manos. Son muy raras, descubre atónita. Unas manos extrañas, y a su alrededor todo se desenfoca, y la palabra también se vuelve rara mientras su pensamiento se distorsiona, como si lo oyera desde el fondo de un pozo. Son unas manos grandes. Con dedos raros. Todo es inusual; escurridizo; sinuoso. Y extraño. Entonces se da cuenta. Drogas, claro. La han drogado, quizá con aquella jeringuilla tirada a su lado. Qué asco. Y, de nuevo, ¿por qué?

Trastabillando, se acerca a los contenedores con la endeble esperanza de localizar allí sus cosas. No hay suerte, sino solo bolsas de basura que emiten un olor penetrante. El gato se abalanza sobre ellas en cuanto le abre una minúscula rendija.

Si soy una hija de puta y te cierro la tapa, ¿cómo piensas salir, eh?

Escucha abrirse la que antes supuso que era la puerta trasera de un restaurante chino. De ella sale una chica de edad indeterminada arrastrando un par de bolsas que casi la sobrepasan en tamaño. Se queda inmóvil cuando la ve.

—¡Eh! ¡Hola! —le dice.

La cara de susto de la cría es un poema, tanto que si la situación fuese otra habría empezado ya a dar forma a la anécdota con la que, se consuela, en breve sus amigos se partirán el culo. Aunque ahora tenga la gracia justa.

—Oye, ¿tú has visto qué me ha pasado? ¿Quién me ha traído?

La chica empieza a murmurar en su idioma.

—¿*Nihongo*? —aventura, con poca esperanza. *Nihongo* significa ‘idioma japonés’. Hace un par de meses que se ha puesto a estudiarlo con la excusa de un viaje a Japón, a donde irá en unos meses a presentar una ponencia.

La joven sacude la cabeza, deja las bolsas en el suelo y huye al interior, como si hubiera visto al mismo demonio. Debería haber estudiado chino y no japonés, como le recomendaron varios de sus amigos. Tampoco cree que le hubiera sido mucho más útil.

De repente, la imagen del rostro de una desconocida que se inclina sobre ella la golpea, casi literalmente, hasta el punto de obligarla a apoyarse contra el contenedor y vomitar su propia bilis. Lucha por mantener la conciencia. ¿Es eso un recuerdo? ¿O una alucinación? Un recuerdo del sueño, se explica a sí misma mientras trata de apresarlos. Pero el malestar que siente no se lo permite.

Durante un rato los escalofríos son tan intensos que se asusta. Por un momento la seduce lo fácil que sería dejarse ir, pero de inmediato se rebela. Aquella mujer... ¿Quién es? ¿La ha soñado? Pensar en ella la hace sentirse aún peor. Tiene que salir de aquí, ponerse en marcha de una puta vez y luego ya buscar respuestas. Luego. Más tarde.

A Bárbara, su trabajo le importa mucho, por no decir que le importa todo. Su carrera es meteórica, sobre todo teniendo en cuenta que no ha cumplido los cuarenta. Es buena en lo que hace, le gusta y por eso destaca incluso a pesar de que

tiene un hijo pequeño del que ocuparse: Mateo. Su nombre estalla en su cerebro como una salva de fuegos de artificio.

Ese día le toca a ella recogerlo en el cole y era allí adonde iba. Así lo pactó con David esa mañana, después de una discusión. A decir verdad, tan pronto puso un pie en la calle intentó que se hiciese cargo la canguro, pero, por lo visto, la chica tenía cosas mejores que hacer. Está claro que necesita encontrar a alguien que no la deje colgada a la mínima.

Últimamente discuten por casi todo. Él le ha lanzado la picada de que, «al menos esta vez», llegue puntual. Será capullo. En alguna ocasión se ha retrasado, sí, pero no es lo habitual ni mucho menos. Si compatibilizar una vida profesional con ser madre ya es difícil de por sí, su caso roza el milagro. ¿Cuántos altos ejecutivos son mujeres? Pues por algo será, ¿no?

Ha gastado cantidades ingentes de energía intentando convencerlo de que necesitan una persona a jornada completa que los ayude con la casa y con Mateo, pero no hay forma. Eso es de ricos, dice él. ¿Y? No están tan lejos de serlo: los dos ganan mucho dinero, como mínimo el suficiente para disfrutar cierta calidad de vida. Pero él no lo ve así, de modo que no han logrado llegar a ningún acuerdo.

Sea como sea, si no lo hace ella, hoy nadie va a personarse en la puerta del colegio, así que, por si no tuviera ya bastante, también le urge resolver eso. Solo le falta una bronca por no haber llegado a la hora. Se cabrea de pensarlo y la mala leche le sirve de motor para arrancar.

El final del callejón parece estar a kilómetros de distancia. Echa a andar vacilante, apoyándose en esas paredes asquerosas, con la vista fija en su objetivo, concentrada en el siguiente paso. Tras una eternidad logra asomarse a la calle principal, por la que transitan varias personas, que la evitan, apuradas. Sigue muy mareada, tanto que a duras penas con-

sigue enfocar la vista y leer la placa de la calle. Es Marcelo Usera, comprueba con asombro. La calle que da nombre al barrio en el que está el centro de estudios de su hijo. Sin embargo, ella no recuerda el trayecto hasta aquí, sino que su memoria se empecina en detenerse en el semáforo de Alcalá. Es como tropezarse contra un muro acristalado.

Un hombre mayor se acerca despacio por su acera. Lo aborda.

—Buenas tardes. Necesito ayuda. Me han atacado —dice.

De nuevo se toca la garganta, tratando de localizar dónde está el problema. Y es que sin duda, su voz suena distinta, más ronca, con un timbre diferente.

Sin detenerse, él le dedica un gesto hosco que a ella le sienta como una bofetada.

—Oiga, le he dicho que me han atacado —insiste, soliviantada—. ¿No me ha entendido?

Le habla ya a su espalda porque él ha pasado de largo.

—¡Fuera! —replica él.

Su respuesta es tan violenta y despectiva que nota el rubor ascenderle por las mejillas, una sensación olvidada desde su primera adolescencia. Lo ve alejarse, incapaz de reaccionar. Esto se asemeja a una pesadilla cada vez más.

Echa a andar, no sabe si en la dirección correcta o no. Se deja guiar por su instinto y, en cualquier caso, quiere abandonar ese barrio hostil cuanto antes.

Al final de la calle divisa un quiosco de revistas y chucherías, un auténtico vestigio del pasado. Desde su interior la estudia impasible una mujer demacrada con pelo mal teñido. Se acerca a saludarla en el tono más conciliador posible. La otra sigue mirándola con fijeza, sin molestarse en contestar.

—¿Podría dejarme su teléfono? Necesito hacer una llamada...

—No tengo —la interrumpe, cortante.

A Bárbara el enojo le trepa como una llamarada hirviente.

—Claro que tienes. Todo el mundo tiene teléfono.

—No, yo no. Y ya te estás yendo; me estás espantando a la clientela.

Ella se gira hacia los lados con una mueca de asombrada ironía: ni hay clientes a la espera ni pinta de que vayan a llegar en un buen rato.

—Creo que no lo entiendes. Me han atracado.

—La que no lo entiende eres tú. Te he dicho que te vayas.

—¿Qué pasa, que la calle es tuya? Me largaré si quiero, digo yo. —Pocas cosas lleva peor que a los matones, así que sin siquiera razonarlo se pone a la altura de su interlocutora.

—Pues tendré que partirte los dientes. —La quiosquera sube la apuesta.

Bárbara se queda perpleja. La ha pillado por sorpresa.

—¿Cómo?

—Ah, quieres que te los parta... ¿Eres masoquista o algo de eso?

El asombro la paraliza durante unos instantes. Esa mujer está como una cabra. Humillada, decide emprender la retirada.

—Putas de mierda, no vuelvas por aquí —le grita a un volumen al que es imposible no escucharla.

Le sale del alma levantar el dedo medio. Como si tuviera ocho años, piensa, tan avergonzada como temerosa, tras haber disparado la agresividad de la estanquera. Apura el paso con el miedo atenazándole la espalda. Los tacones no ayudan. Son de lo más inestable y la obligan a pisar con extremo cuidado. Tiene frío, además. Y eso a pesar de ese plumífero tan inusual para el junio madrileño. Es sorprendente, con el calor que hacía por la mañana...

Pasado un rato, no ha encontrado a quien atreverse a preguntar de nuevo. Por lo menos, se siente mejor, aunque aún

nota los efectos de la sustancia que ya no duda que le han inyectado. Los brazos han empezado a picarle muchísimo, obligándola a rascarse de manera compulsiva. Supone que así solo lo empeora, pero no se aguanta. Su respiración, lenta y pesada, por momentos anega su campo perceptivo. Durante un rato cree que los coches retroceden en lugar de avanzar, pero, por suerte, le dura poco. Los pinchazos, menos incapacitantes que antes, aún se suceden en oleadas. A cambio, la sensación de estar próxima al desmayo va perdiendo intensidad.

En la esquina, un cartel anuncia el colegio de su hijo a un kilómetro de distancia. Se queda clavada al verlo. Es la primera buena noticia que recibe desde que empezó todo esto. Intuye que personarse allí de esa guisa es una idea pésima, pero tampoco se le ocurre nada mejor. Al menos, cuando llegue podrá avisar a David y a la policía.

Se detiene en un semáforo, al lado de un hombre al que, con cierta timidez, aprovecha para preguntar la hora. Él se gira con una sonrisa que se le congela al verla, aunque lo disimula con una afabilidad aparente al hablar.

—Las cuatro y media —responde.

En su rostro se evidencia la conmiseración. Y ella lo de dar pena lo lleva fatal, casi peor que a los matones.

—Me han atracado —explica.

Él se tensa. Ella se pregunta por qué, mientras ve sorprendida cómo se apresura a cruzar en cuanto cambia el semáforo, sin volver la vista atrás. Una precaución innecesaria porque, justo entonces, se siente de nuevo tan mareada que necesita detenerse y tratar de controlar la respiración con las inspiraciones y espiraciones largas y profundas que le han enseñado en yoga.

De todas formas, lo que acaba de oír es otra buena noticia. Llegará a tiempo para recoger a su hijo. Se anima. Allí estará,

de vuelta en su territorio, una ciudad de gente amable, bien educada, que la ayudará a dejar atrás esa locura y a poner fin a la pesadilla. Solo debe concentrarse en colocar un pie delante del otro, un pie delante del otro, así, hasta el final. Diría que por fin la mala racha ha terminado.